

EL CONVIVIO

In angello cum libello.

(KEMPIS)

RABINDRANATH TAGORE

EJEMPLOS

(De la obra LA COSECHA DE LA FRUTA)

Versión castellana de
C. MUZZIO SAENZ - PEÑA



IMPRENTA ALSINA
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

1918

HA tenido el autor de este libro ⁽¹⁾ el privilegio de hacerme hablar por la primera vez del poeta bengalí que hoy llena el mundo con su suave canto y su aureolado nombre, y recorre los pueblos como el mensajero de un nuevo ideal para el alma humana. Rabindranath Tagore,—bardo, filósofo, maestro, me interesó desde hace algún tiempo bajo su triple aspecto, y lo seguí paso a paso en su despliegue como de nube matinal, a medida que el sol va calentando sus senos ateridos por el frío de la noche. Como todas las trinidades, él se condensa en una unidad simple, indisoluble e indistinta: el

(1) *La cosecha de la fruta*, de la que hemos transcrito las parábolas que luego se verán. Casa editora: SOCIEDAD COOPERATIVA EDITORIAL LIMITADA, Avenida de Mayo, 791, Buenos Aires, 1917.

maestro de Shanti Niketan, el filósofo de *Sadhana* y evangelista del Kabir, y el poeta de *Gitanjali* u «Ofertorio lírico», *El jardinero* o «Cantos de amor y vida», de los delicadísimos poemas infantiles de *Luna creciente*, de *La cosecha de la fruta*, ahora traducida por Sáenz Peña, y otros libros de diverso matiz del mismo pensamiento, y el moralista sutil y amoroso de los *Stray birds*, o «Aves extraviadas» y de toda su obra poética, dramática y novelesca,—este profeta y vidente extraordinario venido como todas las «magnas luces» desde el Oriente incógnito, se ha alojado en mí, en sus tres encarnaciones, como el avatar de un sereno apocalipsis.

Cuando los príncipes y estadistas de Europa lo han conocido, se adhirieron a su pensamiento y se preguntaron,—¿qué filosofía es ésta que nos llega de esa India misteriosa y luminosa de todas las anunciaciones? ¿Nos trae la esperanza, la fe, el valor de la acción o de la lucha, o viene a adormecernos en su nirvana letárgico y evanescente, eliminador de toda energía y expan-

sión? El depurado espíritu de la Princesa Elena de Francia y Duquesa de Aosta, fija en él su atención y le impresiona la idea impenetrada de la «renunciación», sin duda por no haber leído a *Sahdana* ⁽¹⁾, el evangelio de esta nueva y vieja filosofía mística, impregnada de suprema e incorporizada sabiduría; y por eso el hombre de Estado y sociólogo Luzzatti, le recuerda la grande idea renovadora de la civilización, que aquel inspirado trae consigo: «La vida para Tagore, ennoblecida por la acción, tiene un altísimo valor, es digna de la fe máxima, dispensadora de las más amplias compensaciones.» Quien lee aquel libro verá que «renunciación» es elevación, que sabiduría es identificación del yo con la vida del mundo, y que su nirvana ha sido transfigurado en un ideal de acción y de fuerza ex-

(1) *Sadhana, the realisation of life*, 1914, p. 151:

«Nosotros vemos en la historia del hombre, que el espíritu de renunciación es la más profunda realidad del alma humana. Cuando el alma dice de alguna cosa, «no la necesito, porque estoy más arriba que ella», da expresión a la más alta verdad que lleva en sí.»

pansiva del hombre y de las sociedades hacia un alto destino común hecho de solidaridad y de amor con todo lo humano y lo divino.⁽¹⁾

Siempre que un poeta verdadero traduce a otro poeta, puede asegurarse que se ha realizado una conjunción de astros: Víctor Hugo y Shakespeare se hallaron en las riberas del mar, en la hora del ostracismo, y se compenetraron a través de su lejanía de tiempo, en un misterioso sincronismo ideal. Tagore resucita de su sueño de cinco siglos a Kabir, el poeta-profeta de la raza, reformador positivo de la antigua religión filosófica, adormecida y enervante, de la India budista; y traduce al inglés la sabia selección de los *Cien poemas*, donde se contiene toda una revelación-revolución, desbordante

(1) *Sadhana*, et., p. 77:

«Cuando encontramos que el estado de *Nirvana* predicado por Budha, es a través del amor, entonces tenemos por cierto que *Nirvana* es la más alta culminación del amor. Porque el amor es un fin en sí mismo... La manifestación de Dios está en su obra de creación, y se dice en el Upanishad: *saber, poder y acción*, están en su naturaleza; no le han sido impuestos desde afuera». (p. 78).

de sugerencias creadoras, y de concordancias maravillosas con el pensamiento de la ciencia contemporánea.⁽¹⁾ Una vida se requiere para leer todos los libros santos y sabios de la India antigua,—las «biblias de luz» de Michelet,—y el Tagore nos los ofrece en una diadema de acero con incrustaciones sorprendentes de piedras preciosas de la más pura poesía y misticismo, para afirmarnos que esos tres conceptos,—de religión, poesía y ciencia,—tienen una unidad donde se funden en una sola idealidad, en una verdad única, que es vida, acción, ascensión.

Este bardo-profeta no es de la familia heroica de los osiánidas consagrados al culto de la muerte, sino de la raza triunfadora de los abnegados del amor y de la naturaleza, para la cual el amor es la acción creadora, en toda su esencia. Él nos trae desde las selvas del Ganges y del Sumna,— los ríos sagrados,— en peregrinación gigan-

(1) *One hundred poems of Kabir*, translated by Rabindranath Tagore, 1915. p XXXVII y sobre todo el número XLV. *Fruit gathering*, p. XXXIV.

tesca, a la raza de los antiguos videntes, guiados por sus visiones nuevas de una grandeza no soñada por ellos, fascinados por su música, que los atrae con una fuerza sugestiva irresistible, alentados en sus desfallecimientos por una promesa de amor que no tiene lo falso del Profeta islámico, ni la irrealidad divina del de Galilea. Este es otro linaje de divinidad, una que se forma de la consubstanciación del alma individual, con el alma vasta, difusa y real del universo. «Sí, —dice un historiador de esa raza madre, —el más firme fundamento de la moral será la seguridad de que la vida individual no tiene grandeza ni fuerza sino como parte de la vida del todo, y que la vida egoísta sólo es un estado de obscuridad y de ignorancia». ⁽¹⁾ La ciencia es el principio vital y dinámico de esta doctrina, o mundo de ideas, que llamamos budismo, y está destinado a realizar la transformación de nuestra resquebrajada civilización, por su vuelta a las fuentes in-

(1) JEAN LAHOR. *Histoire de la Littérature Hindoue*, 1888, p. 375.

contaminadas de su origen indo-helénico, de las cuales se apartara un día funesto para la raza occidental, cuando se desvaneció el ensueño imperial del conquistador-constructor que creara a Alejandría. La derrota del cristianismo, revelada por la inmensa conmoción que hoy agita a la humanidad, no consiste en la muerte, sino en la desviación de sus ideales iniciales oídos de la boca de Jesús de Nazareth, ⁽¹⁾ por la cual hablaban los espíritus de los antiguos sabios del Oriente, en revelación transmutada desde la tierra a su empíreo, en el cual tomaba nueva forma mística una conjunción de los tres cielos primitivos, del lejano oriente, del Africa egipcia y de la Hélada platónica y panteísta, que sólo transformó la nomen-

(1) El mismo Tagore así lo sugiere en la p. 154 de su *Sadhana*: «Aunque el Oeste ha aceptado como a su maestro a aquel que valientemente proclamó su identidad con su Padre, y exhortaba a sus adeptos a ser perfectos como Dios, nunca se ha reconciliado con esta idea de nuestra unidad con el ser infinito. Aquel condena como punto de blasfemia, todo postulado del hombre, llegando a ser Dios. Esta no es, por cierto, la idea que el Cristo predicó, ni acaso tampoco la idea de los místicos cristianos...»

clatura y ropaje de sus dioses-fuerzas, como arrebató al Egipto litúrgico y simbolista, sus misterios, en los cuales la religión fué una ciencia y la ciencia una religión.

El eminente Luzzatti ya advierte la convergencia realizada por el Tagore entre estos dos principios parciales de nuestra civilización. «Es, en substancia, el credo heleno-latino, heredado de las naciones europeas, proclamado por los poetas ingleses Wordsworth, Shelley y otros», ⁽¹⁾ el que el sabio bengalí difunde en su pueblo para aproximarle a la comunión universal, cuyo altar, hoy ensangrentado, se alza en todas las naciones madres de la Europa. Ya Shakespeare había dado forma visible y eterna a esa conjunción íntima de la naturaleza y el arte cuando «rompiendo con la tradición clásica, y recobrando inconscientemente la del viejo naturalismo ariano, se aproxima a la antigua poesía hindú, por el realismo y la universalidad de su teatro, la infinita variedad,

(1) LUIGGI LUZZATTI. *Religione e filosofia dell'India in Rabindranath Tagore*. («Nuova Antologia», Marzo-Aprile, 1916).

la intensidad de vida de sus creaciones, por esa alma y esa voz devueltos a todos los seres». ⁽¹⁾ El Tagore, en su poesía, su mística y su moral, resume y continúa la obra de aquel genio; y con la dulzura de una maternidad de alma, con el encanto de una armonía interior nunca sentida, y con la atracción de estrellas y soles místicos no soñados por el poeta del *Paradiso*, viene guiando a una humanidad ya olvidada, hacia una comunión no esperada más por nuestra alma contemporánea, a los acordes de una poesía musical, que arrastra, embriaga y hace marchar hacia adelante a su innúmero grey.

.....

La elección ha sido feliz entre los varios libros del poeta bengalí, llegados a nuestras manos en estos últimos días: *La cosecha de la fruta* es un momento interesante en la evolución del autor, a través de su obra múltiple y coordinada de cantor, de evangelista, de maestro, de filósofo. Hay

(1) JEAN LAHOR, Op. cit. p. 363.

en él una selección no buscada de las mejores joyas de su variada y rica pedrería: pinta sin espíritu de moraleja, los más sencillos, fugitivos y tenues cuadros; expresa los más dulces afectos del amor y la amistad terrenos, con una vaga sugestión de amor y amistad mística, por una persona invisible, innominada, que se presiente nimbada de luz de soles divinos; describe escenas de la vida real y doméstica con una ternura evocadora de lágrimas apenas condensadas; intensifica a veces el afecto de amor, con todo el calor de la pasión humana; y no obstante, adivinamos en medio del canto la divinidad oculta, soñada, entrevista o contemplada; enseña en la forma parabólica que tanta fuerza diera a Jesús ante las muchedumbres doloridas y ante las autocracias cerradas a la piedad; y sus consejos y poemas, mezcla de lírica y ética, penetran con la suavidad de un perfume, sugieren ensueños de perfección y hacen sonreír con inocente deleite. Las brisas, los rayos de sol, las nubes, los pájaros, las corrientes mansas o agitadas de los arroyos cobran sentido, alma

y relieve humanos, y sus versos, reproducidos en sus diálogos y aludidos en sus ansias o deliquios amorosos, místicos o emocionales, que sólo son mutaciones incesantes del ánimo del poeta de la naturaleza, en su continuo diálogo con ella y sus criaturas, reflejantes de la belleza suprema y universal. Es tan sutil la evocación del drama humano entre la ligera urdimbre de su tela, que muchas veces nos cuesta esfuerzo develar la intención afectiva, moralizadora o docente en el fondo de la fábula; y pensamos que acaso estos son átomos del lejano perfume de poesía, desvanecido durante la larga peregrinación desde el bengalí del Ganges hasta el castellano de América.

.....

Cada uno de los libros del Tagore tiene su comentario y su común explicación en *Sadhana*, al cual podría llamarse, la teoría o sistema general de su credo filosófico, religioso y ético; y este libro es como un mar hacia el cual vienen a derramarse, como a su cuenca única, todos los ríos, o las demás

obras del poeta. Es acaso la más amplia exteriorización de su alma en relación con los demás sistemas filosóficos de otras civilizaciones.

En su acción docente es el Maestro y es el profeta, es el cultivador de almas de la escuela de Shanti Niketan, en Bolpur, en la cual ha conciliado sus ideas con los métodos ingleses de educación en medio de la naturaleza,⁽¹⁾ fundados por Luis Vives bajo Enrique VIII; y es el evangelista que en versos llenos de unción moral realiza la predicción parabólica del Galileo; y como éste, prefiere esta sencilla y sugestiva forma, cada vez que quiere agregar un tizón a la hoguera de su credo revolucionario sobre los viejos cánones quietistas del budismo clásico. Por eso ha resucitado a su maestro Kabir, quien, a su vez fuera evocado durante su baño lustral

(1) *Odes and psalms of Solomon*, by J. R. Harris, 1909, Ode 6. No es difícil señalar, como en el versículo transcrito, la íntima semejanza entre los poemas líricos del Khayyam y las del presunto autor del Cántico de los Cánticos, pero al parecer indiscutible autor de las Odas y Salmos editados por Harris y vertidos del texto sirio.

del Ganges por el «Guru» Ramananda; y estamos seguros de que el Tagore se halla ya consagrado Brahma, por el consenso unánime de su pueblo, pues ha alcanzado el ideal preconizado por él mismo, según el texto del Upanishad: «el hombre es una verdad si en esta vida puede poseer a Dios... Sí, debemos llegar a ser Brahma. Nuestra existencia carecería de sentido si nunca pudiéramos esperar la alta perfección que en él existe...» ⁽¹⁾

Muchos de los poemas de la *Cosecha* (*Fruit gathering*), son bellísimos apólogos, consejas o leyendas populares de la raza, convertidas en tema de enseñanza moral objetiva y profunda. Si no hubiera sido ante todo un poeta lírico-místico, habría hablado el lenguaje de Bilpai, del *Hitopadesa* o el *Pantchatantra*; pero él aquí es un profeta y no un cancionero; es un Maestro y no un rapsodista de «folk-lore»; es Brahma mismo; está ya consagrado por la palabra del santo que lo ha ungido como a

(1) *Sadhana*, p. 155.

su antepasado Kabir: «¡Ram!»⁽¹⁾ Ejemplos de este género tan preferido de los profetas y rabinos de Judea, aprendidos de los libros de Oriente, son los poemas XIX, XXVII, XXXI, XXXVII, XLIII, LV, LXIV, que reunidos harían una preciosa joya de libro moral para la niñez,⁽²⁾ ya que la juventud vanidosa pretende haber superado las sencillas enseñanzas de la fábula. En todo caso, ya podrían utilizarse en la nobilísima labor de las escuelas, en la versión tan cuidada del señor Muzzio Sáenz Peña, con el beneficio evidente para el maestro, de poder refrescar su espíritu con las demás exquisitas bellezas de este libro, al cual, como a muy pocos, puede saludarse de «bienvenido» en nuestra arena literaria.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Buenos Aires, 30 de junio de 1917.

(1) ERNEST RHIS, *Rabindranath Tagore, a biographical Study*. 1917, Ch. XI.

(2) Como se ve, hemos aprovechado la autorizada indicación del no table ex-Presidente de la Universidad de La Plata.

Ejemplos

XII

ALLÁ, abajo, corría el Yemna, veloz y claro; arriba fruncía su ceño la saliente ribera.

Alrededor se habían reunido colinas oscuras de bosques, cicatrizadas por torrentes.

Govinda, el gran maestro *sij*, se hallaba sentado sobre las rocas, leyendo las escrituras santas, cuando llegó Raghunath, su discípulo, orgulloso de su riqueza.

Le saludó y le dijo:

—Te traigo mi pobre regalo, inmerecedor de tu aceptación.

Y desplegó ante el maestro un par de ajorcas de oro, engarzadas con preciosas piedras.

Tomó el maestro una de ellas y la hizo girar en torno al dedo, y los diamantes despedían fustazos de luz.

De improviso se deslizó de su mano y rodó por la playa hasta el agua.

—¡Ah! — gritó Raghunath; y se lanzó al río.

El maestro posó sus ojos sobre el libro; el agua ocultó lo que había arrebatado y siguió su curso

Esfumábase la luz del día cuando Raghunath, fatigado y chorreando agua, retornó hacia el lugar donde se encontraba su maestro.

Gimiendo dijo:

—Todavía la podría recuperar, si

tú me señalases el lugar donde ca-
yera.

El maestro tomó la ajorca que ha-
bía quedado y, arrojándola al agua,
dijo:

—¡Allí está!

XIX

SUDÁS, el jardinero, arrancó de su estanque el último loto, dejado allí por los rigores del invierno y fué a vendérselo al rey, a la puerta del palacio.

Encontróse, allí, con un viajero que le dijo:

—Dime el precio de este último loto, que deseo ofrendárselo al señor Budha.

Díjole Sudás:

—Si me pagas un *masha* de oro será tuyo.

Y el viajero lo pagó.

En ese momento salía el rey, que también quiso comprar la flor, porque

él se dirigía a visitar al señor Budha, y pensaba: «Sería cosa muy bella colocar a sus pies el loto que floreció durante el invierno».

Cuando el jardinero dijo que le había sido ofrecido un *masha* de oro, el rey le prometió diez; pero el viajero duplicó esa oferta.

El jardinero, que era codicioso, se imaginó que podía obtener mayor beneficio de parte de aquel por cuya causa discutían; saludó inclinándose y dijo:

—No puedo vender este loto.

En la sombra silenciosa de un bosquecillo de mangos, más allá de los muros de la ciudad, se detuvo Sudás ante el señor Budha, en cuyos labios se posaba el silencio del amor y cuyos ojos lanzaban destellos de paz, como la estrella matinal del otoño lavado de rocío.

Miróle Sudás a la cara, y depositó el loto a sus pies, e inclinó la cabeza hasta tocar el polvo.

Budha se sonrió y le preguntó:

—¿Cuál es tu deseo, hijo mío?

Sudás exclamó:

—¡El más ínfimo roce de tus pies!

XXVII

REZABA Sanatán el rosario, cerca del Ganges, cuando un brahmin haraposo se acercó a él y le dijo:

—Ayúdame, que soy pobre.

—Mi escudilla de las limosnas es lo único que poseo—díjole Sanatán.

—He dado todo lo que tenía.

—Es que Shiva, mi señor, se me apareció en sueños—dijo el brahmin—y me aconsejó que viniera a verte.

De repente, se acordó Sanatán que había encontrado una piedra de inapreciable valor entre los guijarros de la playa y, pensando que alguno pudiera necesitarla, la había escondido en la arena.

Señaló el lugar donde la escondiera al brahmin, que asombrado desenterró la piedra.

Sentóse el brahmin en el suelo y púsose a cavilar, hasta que el sol se hundió detrás de los árboles, y los vaqueros tornaron a sus hogares junto con el ganado.

Entonces se levantó y, lentamente, se acercó a Sanatán y le dijo:

—Maestro: Dame la más ínfima fracción de esa riqueza que desdeña toda la riqueza del mundo.—Y arrojó la piedra preciosa al agua.

XXXI

QUIÉN, entre vosotros, se tomará el trabajo de dar de comer al hambriento? — preguntó el señor Budha a sus adeptos, cuando el hambre devastaba Shravasti.

Ratnákár, el banquero, inclinó la cabeza y dijo:

—Mucho más que toda mi riqueza es menester para dar de comer a los hambrientos.

Jaysen, el jefe de los ejércitos del rey, dijo:

—Daría con placer la sangre de mi vida; pero en mi casa no hay bastante alimento.

Dharmapal, que poseía grandes extensiones de campo, dijo, suspirando:

—El demonio de la sequía ha chupado mis campos, dejándolos enteramente secos. No sé cómo podré pagar el tributo al rey.

Entonces se levantó Supriya, la hija del pordiosero; se inclinó saludando a todos y dijo, humildemente:

—Yo daré de comer a los hambrientos.

—¿Cómo! ¡cómo! —gritaron ellos, sorprendidos.—¿Cómo esperas cumplir tal promesa?

—Soy la más pobre de los aquí presentes y esa es mi riqueza. Mi cofre y mi granero están en cada una de vuestras casas.

XXXIV

SEÑOR,—anuncióle el criado al rey —el santo Narottam jamás se ha dignado entrar en tu templo real. Está cantando las alabanzas de Dios, bajo los árboles, en el camino. Todos se congregan a su derredor, como las abejas en torno de un loto blanco, despreciando la dorada jarra de miel.

El rey, exasperado, fué hacia donde Narottam estaba. Le halló sobre el césped y le preguntó:

—Padre, ¿por qué dejas mi templo de la dorada cúpula y te sientas fuera, sobre el polvo del camino, a predicar el amor de Dios?

—Porque Dios no está en tu templo—repuso Narottam.

Enfadóse el rey y le dijo:

—¿Sabes que en la construcción de esta maravilla de arte fueron gastados veinte millones de monedas de oro, y que fué consagrada a Dios mediante costosos ritos?

—Sí, ya lo sé—respondió Narottam. —Eso aconteció el mismo año en que miles de tus súbditos, cuyas viviendas habíanse quemado, llegaron inútilmente hasta tu puerta, implorando tu ayuda. Y Dios ha dicho: «¿Edificarán la casa de Dios aquellas pobres criaturas, incapaces de dar albergue a sus hermanos?» Y Dios halló su lugar entre los desamparados, bajo los árboles del camino. Y esa dorada burbuja está vacía de todo, de todo, menos del cálido vaho del orgullo.

El rey, encolerizado, gritó:

—¡Vete de mis dominios!

El santo respondió, sosegadamente:

—Destiérrame, sí, adonde has desterrado a mi Dios.

XXXVII

UPAGUPTA, el discípulo de Budha, yacía durmiendo sobre el polvo, cerca de las murallas de la ciudad de Mathura.

Las lámparas estaban apagadas, las puertas cerradas, y ocultas estaban las estrellas por el lóbrego cielo de agosto.

¿De quién eran esos pies, en los que sonaban ajorcas, que, de improvviso, le tocaron el pecho?

Se despertó sobresaltado, y los destellos de una lámpara de mujer hirieron sus indulgentes ojos.

Era la doncella, la bailarina, decorada de joyas, envuelta en un manto

azul pálido, embriagada con el vino de su juventud.

Bajó su lámpara y contempló la faz del joven, austeramente hermosa.

—Perdóname, joven asceta,—dijo la mujer.

—Hazme la gracia de venir a mi casa; el suelo polvoriento no es un lecho digno de ti.

El asceta respondió:

—Mujer; sigue tu camino. Cuando madure el tiempo, yo vendré a ti.

De repente la noche negra mostró sus dientes en el destello de un relámpago. Gruñía la tormenta desde un rincón del cielo, y la mujer temblaba de miedo.

.....

Las ramas de los árboles que bor-

dean el camino, están doloridas por el peso de sus muchas flores.

Alegres notas de la flauta llegan flotando desde lejos en el tibio aire primaveral.

Las gentes se han dirigido a los bosques, al festival de las flores.

Desde el mismo centro del cielo, espía la luna a las sombras de la silenciosa aldea.

El joven asceta marchaba por la calle solitaria, mientras sobre su cabeza, los *koels*, enfermos de amor, emitían, desde las ramas del mango, sus quejas insomnes.

Upagupta traspasó las puertas de la ciudad y se detuvo al pie del terraplén.

¿Qué mujer era esa que yacía a sus pies, a la sombra de la muralla, atacada de esa negra peste, con su cuerpo lleno de llagas, arrojada violentamente de la villa?

Sentóse el asceta a su lado, tomóle la cabeza en sus rodillas, humedeció sus labios con agua y untó su cuerpo con bálsamo.

—¿Quién eres tú, misericordioso?—
interrogó la mujer.

—Llegó, por fin, el momento de mi visita, y aquí estoy,—respondió el joven asceta.

XLIII

SOBRE la reliquia de nuestro señor Budha, el rey Bimbisar edificó un templo, un templo que era una salutación en mármol blanco.

Allí, durante la tarde, solían acudir las hijas y novias de la casa del rey, a ofrendar flores y encendidas lámparas.

Cuando al hijo del rey le llegó el turno de ser rey, borró con sangre las creencias de su padre, y encendió hogueras de sacrificio con los sagrados libros.

Moría el día otoñal.

Se acercaba la hora de la oración de la tarde.

Shrimati, la doncella de la reina, devota de nuestro señor Budha, habiéndose bañado en agua sagrada, y decorado la bandeja con encendidas lámparas y frescas flores blancas, levantó silenciosamente sus ojos hacia el rostro de la reina.

Se estremeció la reina de temor, y dijo:

—¿No sabes, niña tonta, que la muerte es la pena para todo aquel que lleve ofrendas al templo de Budha? Tal es el deseo del rey.

Saludó Shrimati a la reina y, retornando de su puerta, fué y se detuvo ante Amita, la nueva esposa del hijo del rey. Un espejo de oro pulido descansaba en sus faldas. La nueva esposa trenzaba sus cabellos negros y estaba pintando en la raya que los separaba, la mancha roja de la buena fortuna.

Temblaron sus manos cuando vió a la joven doncella y exclamó:

—¿Qué terrible peligro me traes?
¡Déjame, inmediatamente!

La princesa Shukla estaba sentada a la ventana, leyendo su libro de romances, a la luz del poniente sol.

Se sobrecogió al ver en su puerta a la doncella con las sagradas ofrendas. Cayó el libro de sus faldas y murmuró al oído de Shrimati:

—¡No te precipites a la muerte, atrevida mujer!

Anduvo Shrimati de puerta en puerta, erguida su cabeza y gritando:

—¡Ha llegado el momento de adorar a nuestro señor!

Unos cerraron sus puertas, otros la ultrajaron.

El último destello de la luz del día

se marchitaba en la cúpula bronceada que corona la torre del palacio. Sombras profundas se posaron en las encrucijadas de las calles; se silenció el rumor de la villa; la campana, en el templo de Shiva, anunciaba la hora de la oración de la tarde.

En la oscuridad de esa noche otoñal, profunda como límpido lago, palpitaron con su luz las estrellas, cuando los guardianes del palacio se sorprendieron al ver, a través de los árboles, una hilera de lámparas encendidas en el templo de Budha.

Corrieron con sus espadas desnudas, gritando:

—¿Quién eres tú, mentecata; que desafías la muerte?

— Soy Shrimati —repitió una dulce voz;— Shrimati, la esclava de nuestro señor Budha.

Pronto la sangre de su corazón manchó el mármol frío con su rojo color
Y en la hora apacible de las estrellas,
murió la luz de la última lámpara
votiva al pie del templo.

LV

TULSIDAS, el poeta, vagaba, sumergido en sus pensamientos, a orillas del Ganges, cerca de ese solitario lugar donde queman a los muertos.

Halló a una mujer sentada a los pies del cadáver de su marido, bellamente ataviada, como para una boda.

Se levantó al verle e inclinándose le saludó y le dijo:

—Permite, maestro, con tus bendiciones, que yo siga a mi esposo al paraíso.

—¿Por qué tal prisa, hija mía?—interrogó Tulsidas.—¿No es esta tierra también de aquel que hizo el cielo?

—No son mis afanes por el cielo— dijo la mujer. — Es mi marido a quien deseo.

Sonrióse Tulsidas y le dijo:

—Retorna a tu casa, hija mía. Antes que este mes concluya, hallarás a tu marido.

Retornó a su casa la mujer con alegre esperanza. Tulsidas iba a verla todos los días, y la hizo pensar en altos pensamientos, tan altos que su corazón se llenó hasta el borde con el amor divino.

Cuando el mes apenas había terminado, sus vecinos se llegaron a ella y le preguntaron:

—Mujer, ¿has encontrado a tu esposo?

Sonrióse la viuda y dijo:

—Sí, lo he hallado.

Ellos, entonces, interrogaron ansiosamente:

—¿Dónde está?

—En mi corazón está mi señor: es uno conmigo misma—dijo la mujer.

LXIV

HABÍASE puesto el sol en la margen occidental del río, entre la mañana de la selva.

Los muchachos de la ermita habían traído a casa el ganado y se sentaron alrededor del fuego, a escuchar al maestro Gotama, cuando un desconocido mancebo llegó, saludó, le ofrendó frutas y flores, se inclinó muy bajo a sus pies y, con voz semejante a la de los pájaros, dijo:

—Señor: he venido a ti para ser guiado por el sendero de la verdad suprema.

Mi nombre es Satyakama.

—Que las bendiciones descieran sobre tu cabeza —dijo el maestro.— ¿De qué clan eres tu, hijo mío? Sólo a un brahmin le es permitido aspirar a la más alta sabiduría.

—Maestro:—respondió el muchacho—no sé a qué clan pertenezco; iré y se lo preguntaré a mi madre.

Y así diciendo, Satyakama, se despidió, y vadeando el poco profundo río, retornó a la choza de su madre, que se elevaba al final del desolado erial, en el borde de la aldea somnolienta.

Ardía tímidamente la lámpara y la madre estaba a la puerta, en la oscuridad, esperando el retorno de su hijo.

Le estrechó contra su seno, le besó el cabello y le preguntó sobre su visita al maestro.

—¿Cuál es el nombre de mi padre, madre querida?—inquirió el muchacho.

La mujer bajó los ojos y habló, en un suspiro:

—En mi juventud yo era pobre y tuve muchos amos. Tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, queridito mío, a los brazos de tu madre que no tenía marido.

Los rayos tempranos del sol relucían en la copa de los árboles del bosque donde se halla la ermita.

Los discípulos, con el enmarañado cabello húmedo aún del baño matinal, se sentaron bajo el viejo árbol, delante del maestro.

En eso llegó Satyakama.

—¿Dime?—interrogó el gran maestro—¿de qué clan eres tú?

—No lo sé, mi señor —repondió el muchacho.

Mi madre me dijo, cuando la pregunté: «He servido a muchos amos durante mi juventud, y tú viniste a los brazos de tu madre Jabala, de tu madre que no tenía marido».

Entonces se levantó un murmullo semejante al zumbido de las irritadas abejas, cuando las molestan en sus colmenas; y los discípulos refunfuñaron por la desvergonzada insolencia de ese paria.

El maestro Gotama se levantó de su asiento, extendió sus brazos, y estrechando al muchacho contra su pecho, dijo:

—Mejor que todos los brahmines eres tú, hijo mío; tú que posees la más noble herencia de la verdad.